

Suum cuique tribuere

Nuria Cavallé Pérez

Tercer accésit

Recuerdo como si hubiera sido ayer mi primer día en la facultad. Esa entrañable mezcla de ilusión, miedo a lo desconocido y curiosidad; un tierno sentimiento de madurez que no era tal, una suerte de autoconciencia adulta y responsable. Pocas veces como entonces he tenido tan clara conciencia del cambio: la vida evolucionaba. Dejaba atrás una larga etapa y empezaba una nueva: ¿qué me depararía el destino? ¿Éxitos, fracasos? ¿Amistades, enemistades? ¿Amores, desengaños? Empezaba una nueva andadura con el firme propósito de comerme el mundo.

Tal determinación, sin embargo, se esfumó sin dejar rastro en el momento en que me postré frente a la puerta de entrada. El vértigo, la inseguridad y cierta añoranza del pasado, de repente, se aferraron a mi cuerpo, provocándome una súbita e inesperada parálisis articular. Sentía que mis piernas pesaban, que no respondían a las señales de mi sistema nervioso central y que cualquier esfuerzo por activar el periférico estaba abocado al fracaso.

“Facultad de Derecho”, anunciaban unas enormes letras en la entrada de aquel imponente edificio. Por el recibidor, por los pasillos, por las escaleras, por todas partes pululaban estudiantes, catedráticos,

profesores titulares, ayudantes, doctorandos, becarios, PAS. Todo un entramado complejo e ininteligible de categorías en el que sólo dos cosas estaban claras: que ellos sabían dónde estaban, adónde dirigirse, y cuál era su papel en aquella inmensa institución, y que yo, con toda mi ilusión, mi determinación y mi coraje era, sin más, el último mono. Un mono, por lo demás, inseguro y desorientado.

“Busco compañero/a de piso”, “Asociación de estudiantes progresistas”, “Se venden apuntes de Derecho Internacional Público”, “Curso de introducción a la Criminología”, “Reprografía”, “Aula Magna”, “Publicaciones”, “Capilla” (¿capilla?), “Asociación Taurina: Defendamos la tradición”, “Cafetería”, “Asociación Antitaurina: por la abolición de la crueldad de la Fiesta Nacional”, “Coalición de delegados: únete a nosotros”, “APNLU: Asociación por el neoliberalismo en la Universidad”. Mil anuncios, pancartas, carteles, empapelaban las paredes del vestíbulo.

Un enorme reloj me sacó de mi ensimismamiento y la sola idea de entrar tarde a mi primera clase, y (¡peor!) ser amonestado por ello, trajo inmediatamente de vuelta a mi esfumada determinación, que, de nuevo conmigo, me condujo por esos atiborrados pasillos al aula 19, en la que comenzaba mi andadura como estudiante universitario.

Mi primera clase fue de Derecho Penal. La impartía el doctor Fabernau: catedrático, abogado ejerciente, columnista de publicaciones periódicas, tertuliano en programas de radio y televisión. Era una

auténtica eminencia en su disciplina, muy respetado y admirado por su quehacer científico y docente. Sus apariciones públicas, sin embargo, le valían las más desabridas críticas. Su presencia en debates más sensacionalistas que rigurosos, su trascendencia mediática, su alejamiento del ámbito estrictamente académico, todo ello daba pie a sus detractores (que siempre los tuvo) a analizar y censurar cada uno de sus movimientos.

Siempre pensé que detrás de aquellos severos y no siempre fundados enjuiciamientos había algo más que la mera discrepancia doctrinal: el resquemor de la insana envidia rezumaba en los aparentemente inofensivos comentarios que seguían a cualquiera de las apariciones públicas del profesor. Pero éste tenía recursos para salvar estos y otros muchos obstáculos: a su sólida formación se añadía una indisimulada soberbia que le situaba por encima de comentarios, críticas, rumores y cuchicheos, fueran estos buenos o malos. Al doctor Fabernau le daba igual lo que dijeran de él. Vivía como quería, hacía lo que le daba la real gana y se sentía profundamente orgulloso de ello.

Ocurría, sin embargo, que el exagerado amor que sentía por sí mismo le hacía, en demasiadas ocasiones, tener un trato incómodo. Sus interlocutores sentían un desprecio sistemático por el catedrático: sus palabras, pero también sus ademanes y su porte, eran despectivos. En el caso de los alumnos, no quedaba más remedio que aceptarlo. Era una de esas injusticias ante las que la vida nos sitúa, indefensos. Los demás profesores, los contertulios, los articulistas,

probablemente, no canalizaban sus improprios con la misma resignación, aunque nunca nadie se atrevió a plantarle cara.

- Buenos días. Hoy es su primer día en la Universidad. Por ello, les doy la bienvenida y les animo a que aprovechen todo, absolutamente todo, lo que la Universidad puede aportarles en su crecimiento no sólo académico sino, por encima de todo, personal. Cierto es que, cuando quería, su educación era impecable. Como estudiantes de Derecho, noveles, pero juristas en potencia, al fin y al cabo, estoy seguro de que no tendrán ningún problema en definir lo que hayamos de entender por "Justicia". Y entonces ese momento de insoportable tensión en el que todos los estudiantes miran, súbita e inexplicablemente, a su cuaderno, o recuerdan que deben coger algo de su mochila, o tomar nota de ¡quién sabe qué! Cualquier cosa para evitar un letal cruce de miradas con el profesor. Silencio absoluto. ¿Nadie? ¿Nadie sabe decirme qué es la Justicia? "Que no me pregunte a mí, que no me pregunte a mí... Qué vergüenza... ¡Por Dios! Que termine esta tortura... Pero que no me pregunte a mí...".

- La Justicia -resuena una voz grave, amplificada por el silencio, desde el fondo de la clase- es dar a cada uno lo suyo. Todas las miradas que, un momento antes, estaban fijas en el suelo, en la mesa, en la carpeta, se vuelven inmediatamente, llenas de curiosidad, para conocer el rostro de la valentía. "Perfecto. Irreprochable. Ulpiano. Ulpiano no puede fallar. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí".

- ¿Cómo se llama usted?

- Marcial, me llamo Marcial. Dándose cuenta de que ya no estaba en el instituto y que probablemente en la Universidad el nombre de pila no era suficiente para identificar a nadie, rectificó: Marcial Gómez Sierra.

- Muy bien. Así que "dar a cada uno lo suyo", ¿no? *Suum cuique tribuere...* ¡Ja! ¿Y qué me corresponde a mí? ¿Lo mismo que a usted, señor Gómez? ¿Lo mismo que a un chorizo que roba en un supermercado? ¿Lo mismo que a un ladrón de guante blanco? ¿Somos iguales ante la ley? Porque, ¿qué es, según usted, la igualdad? Me río yo, no, no me río, me descojono de su igualdad y de su definición de la Justicia. A ver, ¿alguien más? ¿alguien capaz de hacer una aportación real a este infructuoso debate...?

* * *

No hizo mucho falta mucho tiempo para olvidar aquel bochornoso principio. Las interminables listas de manuales necesarios para preparar cada una de las asignaturas, tan extensos como antieconómicos (¿cómo afrontar el ingente gasto con mi maltrecha economía estudiantil?), el intercambio de apuntes, las fotocopias, los nuevos profesores, los nuevos compañeros, los consejos de los veteranos que los novatos escuchábamos embelesados. Todo contribuyó a dejar atrás el desagradable incidente. Bueno, todo eso y la fuerza de la costumbre. Porque los improprios del doctor Fabernau se repetían

diariamente en sus lecciones magistrales que, por lo demás, no dejaban de ser un impresionante alarde de conocimientos. Tan era así que todos terminamos por admitir, y quizás esperar, los irreverentes comentarios de Fabernau. Comentarios que las más de las veces desbordaban ingenio e ironía, al tiempo que denotaban un desengañado cinismo.

Fabernau consiguió despertar en mí, poco a poco, la fascinación por el Derecho. La vocación que nunca antes había sentido despertó de su mano, y con su ayuda. Tanto, que pocos meses después de empezar la carrera, supe con absoluta certeza que el final del cuatrimestre no podía suponer mi desvinculación de aquella disciplina. Las clases de Fabernau me habían mostrado un amplio abanico de conocimientos en los que quería seguir profundizando.

No fui el único que decidió continuar en la senda del Derecho Penal. Marcial Gómez Sierra, antes compañero y ya por entonces, sobre todo, amigo, sentía idéntica pasión que yo por el ámbito penalístico. Queríamos estudiar, formarnos, ejercer, investigar: deseábamos ser, algún día, como Fabernau, que se había convertido en nuestro ídolo absoluto.

Con mucho esfuerzo conseguimos entrar en el Departamento que dirigía. Una beca de colaboración del ministerio nos abrió lo que pensábamos que eran las puertas del cielo. Así, entre las clases, las tardes de estudio, las horas de investigación, la disponibilidad casi absoluta a los requerimientos del departamento y un sinfín de sesudas discusiones filosóficas y

doctrinales, siempre utópicas, pasaban los días, los meses, los años. Lejos quedaban ya esos primeros días de inseguridad e inexperiencia. Deseábamos aprender lo suficiente como para cambiar, siquiera un poquito, el mundo.

Fabernau nos guiaba en el escaso tiempo libre que le quedaba cuando terminaba con sus múltiples compromisos públicos y privados. Un Fabernau cada vez más mediático, cada vez más polémico y radical en sus planteamientos. Un Fabernau que parecía haber perdido el control de sus opiniones, de su vida, de su propia existencia. Los medios de comunicación tergiversaban sus intervenciones, cuando no era él mismo el que, deliberadamente, envenenaba deliberadamente la sangre del gran público con provocadoras manifestaciones que en ocasiones ni siquiera eran coherentes con sus propios planteamientos.

Nunca supe si Fabernau interpretaba un personaje que él mismo había creado (y en el que, por lo demás, se recreaba) o realmente quería ser tal como se mostraba. Al profesor, al que las malas lenguas (que cada vez eran más y más incisivas en sus comentarios) se referían como "catedrático estrella", le gustaba que hablaran de él, eso no admitía discusión. Pero parecía que todo aquello se le estaba yendo de las manos. Sobre todo porque los malintencionados comentarios alcanzaron pronto su vida personal.

La mujer de Fabernau, que era catedrática de Mercantil, soportaba con dignidad y templanza los comentarios que, no sé si con elevadas dosis de

maldad o basados en contrastados datos, vinculaban al profesor con una despampanante alumna de tercero. Fuera cierto o no el rumor, todos poníamos nombres, apellidos y rostro a la aventura extraconyugal de nuestro maestro.

* * *

25 de enero. Córdoba. Agencias. Hallado muerto en su chalet de El Brillante el doctor Fabernau Pla. El polémico profesor de Derecho falleció entre las 20 y las 22.00 horas de ayer. La investigación judicial permanece bajo estricto secreto de sumario. Fuentes no oficiales apuntan a una muerte violenta.

* * *

Llegué a la facultad sin aliento. El frío, el viento y unas nubes plomizas, que parecían anunciar una intensa nevada, me acompañaron en mi camino. O quizás era sólo que yo me sentía así.

- Marcial, ¿te has enterado de lo de...?
- Pues claro, Javier. Todo el mundo lo sabe.
- Vaya palo, tío. Vaya palo. Todavía no me lo creo.
- Ya, es difícil de entender. Pero Fabernau estaba muy pasado de rosca. Demasiado. No iba por buen camino. No podía terminar bien.
- Sí, eso es cierto. Pero... ¿muerto? ¿Asesinado? ¿Tanto daño hizo?

— No lo sé, Javi. La envidia es muy mala, y había mucha gente, mucha, que envidiaba al profesor. Piensa en todos esos mediocres catedráticos que hubieran dado media vida por el puesto (y los ingresos) de Fabernau. O todas esas personas a las que criticaba desde los platós de televisión. O en los programas de radio. Fabernau era un soberbio, un megalómano narcisista que se creía en el derecho de humillar a los demás. Pero tuvo la valentía suficiente para decir lo que muchos pensamos. Y eso, en según en qué sectores, no es fácil de digerir. Y la pasión, tío... Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

* * *

26 de enero. Córdoba. Agencias. Fuentes policiales confirman que el profesor Fabernau fue apuñalado por la espalda en la biblioteca de su chalet. Ninguno de los accesos al domicilio había sido forzado. Las investigaciones se centran en el círculo cercano a la víctima. Los resultados de la autopsia han sido incorporados a las diligencias judiciales. Los restos mortales del doctor serán incinerados esta tarde en el cementerio de La Salud.

* * *

Aunque todo parecía seguir igual, lo cierto es que algo había cambiado. Quizás la expresión de los rostros de profesores y alumnos, quizás el ambiente. El asesinato del profesor Fabernau estaba presente en cada rincón

de la facultad, en cada segundo, en cada movimiento. Yo no me lo podía quitar de la cabeza. Y sabía que Marcial, aunque trataba de evitar el tema, tampoco.

Sin embargo, la palpable tensión ambiental y la forzada normalidad de los primeros días fueron poco a poco sustituidas por la rutinaria realidad, aquejada por la contingencia de las necesidades inmediatas. La proximidad de los exámenes, los reajustes administrativos que siguieron inevitablemente a la desaparición del profesor y, en fin, la vida personal de cada uno de nosotros hicieron que poco a poco el terrible suceso se fuera diluyendo en nuestro recuerdo. Es despiada la realidad cuando nos muestra, después de una muerte, por desgarradora que ésta sea, que el mundo sigue funcionando, casi, exactamente igual.

* * *

28 de febrero. Córdoba. Agencias. Avanzan las investigaciones de la muerte de Fabernau. Agentes de la Policía Científica, en estrecha colaboración con la Policía Judicial, estrechan el cerco sobre el posible autor del homicidio. "Estamos cada vez más cerca", ha manifestado el teniente P. J., responsable de la investigación. "En las próximas horas, casi con total probabilidad, se producirán las primeras detenciones".

* * *

Aunque la prudencia y la más escrupulosa discreción eran absolutamente indispensables para no malograr

los resultados de la investigación, finalmente trascendieron las fotografías del lugar del crimen. Los papeles esparcidos por encima de una enorme mesa de abedul, una pluma estilográfica y un pequeño ordenador portátil parecían mostrar que el profesor había estado trabajando hasta el último momento. Quién sabe si fue a coger un libro de la estantería cuando el asesino se abalanzó con el arma homicida sobre él. O quizás se levantó a preparar café. O un gintonic.

Como suele pasar en estos casos, superada la conmoción inicial por lo inesperado y lo desproporcionado de la noticia, los medios de comunicación, con la connivencia de todos los que a diario seguíamos sus informaciones, empezaron a alimentar el morbo sensacionalista que lamentablemente siempre acompaña a la desgracia ajena.

Aquellas fotografías fueron la primera de las múltiples ocasiones en que, sin pudor ni deferencia alguna, los medios de comunicación violentaron la intimidad de aquel hombre, ya muerto, pero también de su familia y sus más cercanos allegados. Intrascendentes informaciones sobre su viuda (sus lágrimas, su aspecto, su sospechosa entereza...), un despiadado seguimiento a sus hijos, que también los tenía, e informaciones escasamente contrastadas llenaban todos los días varias páginas de los diarios y revistas más sensacionalistas. Lo mismo ocurría con los programas de televisión, que aprovechaban el dramático desmembramiento de una familia para

conseguir ser líderes de audiencia. Alguno de esos medios incluso se aventuró a hablar de Amalia Carretero, la "supuesta amante" (así se referían a ella) del profesor Fabernau. Amalia, por cierto, no sé si con buen criterio (porque eso, claro, alimentó los más mordaces comentarios) no había vuelto a aparecer por la facultad desde que se conoció el triste final del profesor.

* * *

29 de enero. Córdoba. Agencias. Amalia Carretero, alumna de la Facultad de Derecho que según confirman fuentes policiales mantenía una relación íntima con el doctor Fabernau, detenida en la madrugada de hoy en el Aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, por su presunta vinculación con el asesinato del profesor. Las mismas fuentes apuntan que nos encontramos, sin ningún género de dudas, ante un crimen pasional.

* * *

Claro, pensé. Todo encajaba. La amante locamente enamorada que no puede vivir su pasión libremente, que va a casa de su amante, que le pide explicaciones, que le pregunta si es que nunca se va a separar, si siempre tendrán que vivir su amor a escondidas, como si estuvieran cometiendo un delito. Que le dice que le quiere pero que no puede continuar así. El profesor, que probablemente jamás tuvo intención de dejar a su esposa, en tono tranquilizador, le dice a la joven que

no se preocupe, que está en ello, que sólo está esperando el momento adecuado para hablar con ella. Pero que tienen hijos, que es una situación delicada, que hay que gestionarla adecuadamente. "¿Gestionar la situación? ¿A qué llamas tú "situación"? ¿A nuestro amor? ¿Te crees, realmente, capaz de gestionar tu amor? Nunca la vas a dejar, ¿verdad? ¡Dilo! ¡Dilo! No puedo soportar más esta situación...". Probablemente se sentó, agotada, en una de las sillas de la biblioteca del doctor. Y cuando éste se levantó para prepararle una copa a su despechada y doliente amante, ésta, enajenada, asió un cuchillo y le mató por la espalda...

Todos podemos imaginar una escena así, que encajaría, a la perfección, con la desaparición de Amalia de la facultad y su ulterior intento (abortado) de huida. Sentí, no puedo explicar muy bien por qué, una inmensa lástima por aquella joven que, probablemente, era una persona normal hasta que cometió el error de enamorarse de la persona equivocada.

* * *

Ese día llegué un poco más tarde de lo habitual al departamento. Allí encontré a Marcial, rodeado de un montón de papeles, con los ojos clavados en el portátil y unas ojeras sólo propias de un doctorando en pleno mes de febrero. Algo me llamó la atención de esa escena. No sabía qué era, pero algo que había observado al entrar me había incomodado. Dejé mi mochila y la pila de libros que había sacado de la biblioteca, encima de mi mesa. Volví a mirar a

Marcial, que parecía no encontrar la palabra para continuar el artículo que estaba escribiendo. A veces sucede eso con la investigación: de repente, te quedas sin palabras... o sin ideas. Pero no era Marcial lo que había llamado mi atención. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a sus momentos de bloqueo. No. Era algo... distinto. Los libros, sus notas, las fotocopias en caótica pero controlada distribución... Tampoco había nada extraño en ello. De repente, mi mirada se detuvo sobre un objeto que le resultó familiar. Una pluma estilográfica. Marcial, demasiado apegado a los avances tecnológicos, nunca había utilizado tan rancio instrumento para escribir. No era la primera vez que veía esa pluma. Recordé, con el cuerpo paralizado y la mirada clavada en ella, la fotografía que había sido tomada inmediatamente después de su asesinato en la biblioteca del profesor Fabernau.

Marcial me miró, molesto, sin duda, por mi escrutadora actitud. Entonces se dio cuenta de mi involuntario descubrimiento. Éste al que todavía no podía dar respuesta. Mi subconsciente, ése que tanto apreciaba a Marcial, buscó la solución menos gravosa para mi amigo:

- Entonces, Marcial, ¿fuiste tú el que filtró las fotografías a la prensa?
- Sí, claro. Eres penalista. Ya sabes que los periodistas están amparados por el secreto profesional y no tienen obligación de desvelar sus fuentes. Ver esas fotografías en prensa fue mi mayor recompensa, la guinda del pastel, del crimen perfecto.

- ¿De qué pastel me hablas? ¿Qué crimen perfecto? Marcial, ¿tú...?

Sólo había visto tanta rabia en la mirada de Marcial el primer día en la Universidad.

- *Suum cuique tribuere*... La justicia, amigo, es dar a cada uno lo suyo.